

Notas, textos y comentarios

En su mano derecha siete asteres

Apoc 1,16

Las siete cartas o mensajes a las siete iglesias, contenidos en los tres primeros capítulos del Apocalipsis, tienen cierta independencia del resto de la obra y una unión íntima entre sí. Forman un todo. Abre ese todo la gran visión preparatoria, que es como el prólogo de introducción.

Para mayor inteligencia de este pasaje, es necesario distinguir dos campos de interpretación, el exterior (no precisamente superficial) y el íntimo. La explicación exacta de los *elementos de la visión*, y la explicación exacta del *significado de estos elementos*. Diríamos, en terreno de simbolismo, que es muy distinto explicar el elemento plástico externo (cosa o acción que simboliza), o explicar el elemento interno (la cosa simbolizada y su nexa con el símbolo). Sólo intentamos investigar elementos del primer campo, prescindiendo en absoluto, en cuanto es posible, del segundo.

La gran visión, flotante en los tres primeros capítulos del Apocalipsis, aparece en dos cuadros paralelos, que se complementan mutuamente. El primero va descrito al principio, antes de las siete cartas. El duplicado está, de hecho, entremezclado con las cartas, principalmente en los trazos reasumidos antes de cada carta.

Pueden presentarse en paralelismo:

(Véase el dorso de la lámina.)

De la sencilla comparación de estos cuadros rudimentarios que parece resistan a la igualdad perfecta, se deducen consecuencias interesantes.

1.—Hay distinción entre la *Persona* y sus *atributos*. La *Persona*: “ὁ ζῶν καὶ ἐγενόμην νεκρός, καὶ ἰδοὺ ζῶν εἰμι εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων”, el Viviente que murió y volvió a vivir por siempre jamás, no puede ser otro que Jesucristo. *Los atributos*: Esta *Persona* tiene las llaves del Hades, es el Testigo fiel, va ceñido con cinto de oro, tiene los cabellos cándidos como nieve, la voz como ruido de muchas aguas...

2.—La redacción es *fragmentaria*. El hagiógrafo insinúa cosas y acciones, pero no completa. Más que fragmentario, es sugestivo el estilo redaccional. Se dejan al aire muchos pormenores, sea de objetos, sea de su sucesión, que nosotros con nuestra mentalidad deseáramos explicados.

3.—Las pinceladas descriptivas tienen distinto valor. Mientras algunos trazos se reasumen y forman parte esencial de la trama, otros se esfuman y desaparecen, que parece hayan sido insinuados sólo como trazos de unión o notas fugaces, que ayudasen a la imaginación a completar el cuadro.

4.—Nos encontramos, dentro de la realidad de una visión, con notas eminentemente *concretas*. Los siete candelabros o portalámparas, la túnica talar, el ceñidor, los cabellos, la voz...

5.—La actuación del personaje de la visión es *dinámica*. Habla, se mueve, acciona. La imagen de la visión aparece *estática* al principio, cuando Juan se vuelve y ve. Diríase que el vidente ha descrito (en 12-16) la primera impresión espontánea visual de la aparición. Pero ello no significa que la imagen del Resucitado esté siempre fija, como petrificada. A partir del versículo 17 parece que se ha roto la inmovilidad precedente y que el personaje, moviéndose en un mismo escenario, vaya cambiando sucesivamente de posiciones y acciones.

6.—La aplicación de los atributos a las iglesias parece que tiene algo de *artificio redaccional*, además de su valor real simbólico. Como sucede en el desarrollo de un acróstico, se desmembran fragmentos, aquí físicos y morales, y se colocan como punto de partida para los mensajes.

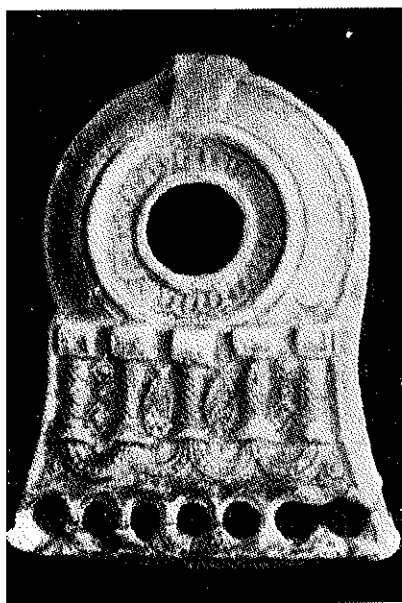
* * *

Esto supuesto, nos encontramos con un curioso problema. La palabra *aster* tiene en griego, clásico y helenístico, diversos significados. El diccionario de Oxford¹ da los siguientes: “Astro, meteoro, aerolito; llama, luz, fuego; *adjetival* ilustre; estrella de mar, pájaro, flor; arcilla o greda; asterisco; ornamento arquitectónico; vendaje; tatuaje”.

¹ *Greek-English Lexicon*, Stuart Jones (1940) Oxford.
Rocci, L., *Vocabulario Greco-Italiano* (1943). Etc.



Dos modelos de lámpara de barro cocido, tipo *heptacandelon*, usadas en los albores del cristianismo. Vistas desde arriba, como aparecen en las fotografías, se aprecia en ellas la boca del depósito de aceite, el asa y los siete agujeros de las mechas.



VISION INAUGURAL

<i>Cap. 1.º</i>	<i>Caps. 2.º-3.º</i>
Siete iglesias (1,4; 1,11). E f e s o , Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia, Laodicea. E f e s o , Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia, Laodicea.
El que es, que era y que ha de venir. Los siete espíritus ante el tro- no [de Dios]. Jesu-Cristo, el testigo fiel.	{ El testigo fiel y veraz. { El principio de la creación { de Dios (Laodicea, 3,14).
Siete <i>lychnias</i> , y en medio de ellos.	{ El que tiene cogidos los sie- } te <i>asteres</i> en su derecha, } y camina en medio de los } siete <i>lychnias</i> (Efeso, 2,1).
Hijo de Hombre. <i>Podere</i> . Cinto de oro. Cabellos blancos. Ojos como <i>flox</i> . Pies semejantes a <i>chalkoti- bano</i> . Voz de muchas aguas.	Ojos como <i>flox</i> . Pies semejantes a <i>chalkoti- bano</i> (Tiatira, 2,18).
Teniendo en la mano derecha siete <i>asteres</i> .	{ Teniendo los siete espíritus { y los siete <i>asteres</i> (Sar- } dis, 3,1).
De su boca una espada de dos filos aguda.	El que tiene la espada de dos filos aguda (Pérgamo, 2,12).
El primero y el último. El Viviente, estuve muerto y vivo.	El primero y el último. El que estuvo muerto y re- vivió (Esmirna, 2,8).
Tengo las llaves de la muer- te y del infierno.	El Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre, y nadie cerrará; el que cierra, y nadie abri- rá (Filadelfia, 3,7).

En cambio, la palabra griega *astron* sólo tiene una suposición claramente definida: "Astro o constelación del firmamento".

De donde parece que puede ponerse *a priori* la siguiente pregunta: ¿La palabra *aster* en todo el Nuevo Testamento tiene siempre una significación unívoca, o es preciso admitir sentidos equívocos o análogos?

Para dar con la respuesta adecuada es preciso recorrer y analizar todos los lugares del Nuevo Testamento donde se encuentre *aster*. De hecho los casos son pocos².

Sermón escatológico (Mt 24,29; Mc 13,25).—El sol y la luna se oscurecerán, y los asteres caerán ἀπὸ τοῦ οὐρανοῦ. Lucas (21,25) pone como voz paralela *astron*. En el Apocalipsis hay un lugar correspondiente. Al abrirse el sexto sello (6,12), "el sol se oscureció y la luna se hizo como sangre, y los asteres τοῦ οὐρανοῦ cayeron sobre la tierra, como la higuera lanza sus brevas, sacudida por un gran vendaval".

El aster de los Magos (Mt 2,2s).—Ese aster misterioso aparece como objeto de estudio por parte de los Magos y de Herodes; tiene su orlo, se menciona su aparición y desaparición y su tiempo.

En el célebre pasaje de *la resurrección* (1 Cor 15,41) San Pablo pone como ejemplo en un mismo contexto el Sol, la Luna y los asteres. Ἀστὴρ γὰρ ἀστéρος διαφέρει ἐν δόξῃ.

San Judas (13), al describir la conducta de los ἀσεβεῖς, los apellida *asteres errantes* (ἀστέρες πλανῆται) en contraposición a la firmeza de los buenos.

En el Apocalipsis se encuentra con frecuencia la palabra *aster*.

La mujer celeste (12,1) va vestida de Sol, tiene la Luna bajo sus pies y lleva una corona de doce asteres.

El dragón (12,4) con su cola "arrastra una tercera parte de los asteres τοῦ οὐρανοῦ, y los arrojó sobre la tierra".

Jesús apareció como el aster "brillante y matutino" ὁ ἀστὴρ ὁ λαμπρὸς ὁ πρωϊνός (22,16), y promete dar al que venza τὸν ἀστέρα τὸν πρωϊνόν" (2,28).

El *tercer ángel* toca la trompeta y cae ἐκ τοῦ οὐρανοῦ ἀστὴρ, el que es como una antorcha y se llama Ἄφηνθος (8,10).

El *cuarto ángel* tocó la trompeta y "la tercera parte del sol, la luna y los asteres se oscureció" (8,12).

Al tocar el *quinto ángel* la trompeta, "vi ἀστέρα ἐκ τοῦ οὐρανοῦ πεπτοῦχότα εἰς τὴν γῆν" (9,1).

Finalmente, en las cartas a las siete iglesias recurre varias veces la palabra.

En la visión inaugural: "tenía en la mano derecha siete asteres" (1,16). "Escribe... el misterio de los siete asteres que

² ZORELL, F., *Lexicon Graecum N. T.* (1931) Parisiis.

has visto sobre mi mano derecha... Los siete asteres son los ángeles de las siete iglesias" (1,20). "Escribe al ángel de la iglesia de Efeso: "Esto dice el que aguanta los siete asteres en su mano derecha" (2,1). "Y al ángel de la iglesia de Sardis escribe: Eso dice el que tiene los siete espíritus de Dios y los siete asteres" (3,1).

Del análisis de estos pasajes se deduce un dato importante, que nos lleva a interesantes consecuencias. Siempre, excepto en los capítulos 1-3 del Apocalipsis, la palabra *aster* lleva una determinación, sea de contexto, sea de paralelismo, sea de atributo, que la limita claramente al significado *estrella* o *astro*.

En el pasaje de los magos *el contexto*, al insinuar un estudio del firmamento y al hablarnos de orto, aparición y desaparición astral y tiempo, induce necesariamente a interpretar la palabra *aster* como "una estrella del cielo", al menos en el sentido obvio y vulgar de la palabra, hecha abstracción sobre la naturaleza de este cuerpo celeste.

El *paralelismo* manifiesto en el sermón escatológico y en las pericopas de la mujer celeste del Apocalipsis, de la resurrección en San Pablo y del cuarto ángel, donde se colocan en un mismo rango el Sol, la Luna y los asteres, induce a interpretar evidentemente la voz *asteres* como las *estrellas del firmamento*.

En otros pasajes, *un atributo* apuesto a la palabra determina con evidencia su significado. Estos atributos son tres, sustancialmente distintos. En el pasaje del dragón, del tercero y quinto ángel del Apoc., aparece junto a asteres la locución preposicional ἐκ τοῦ οὐρανοῦ, o simplemente el genitivo, asteres τοῦ οὐρανοῦ. En San Judas recurre al adjetivo πλανῆται, que ha de interpretarse al menos como "un cuerpo celeste", hecha precisión de cualquier otra ulterior determinación. Finalmente, en dos sitios distintos del Apoc., aster lleva apuesto el adjetivo πρωϊνός (matutino) y el artículo. Evidentemente, como referencia manifiesta al astro más brillante del crepúsculo.

En cambio, en los tres primeros capítulos del Apoc., que pueden considerarse como un solo lugar o testimonio, la palabra aster se encuentra cinco veces sin apelativo ni determinación alguna.

No lleva adjetivo ni genitivo determinante. Pormenor notable, pues en la carta a la iglesia de Sardis se ha puesto aster sin determinativo pocas palabras después de haberse utilizado la misma palabra en sentido determinado por el adjetivo πρωϊνός (3,1, 2,28). Y en otro pasaje, el del dragón (12,4), se nota el cuidado de especificar el sentido, con añadir el genitivo τοῦ οὐρανοῦ, lo cual no parece deba atribuirse puramente al estilo pleonástico semita.

No existe ningún paralelismo, pues en los tres primeros

capítulos del Apoc. no se mencionan nunca el Sol y la Luna, según el estilo frecuente en otras partes.

Finalmente, el contexto es del todo ajeno al firmamento y a sus afines.

De donde razonablemente surge la vehemente sospecha. ¿La palabra *aster*, en los tres primeros capítulos del Apocalipsis, significará algo que no sea *las estrellas del cielo*? Si es así, ¿qué puede significar?

Para dar con ese sentido distinto, parece deba procederse por afinidad de significación. Así, pues, lo primero que ocurre preguntar es, cuál es la concepción de *estrella* en el hagiógrafo del Apocalipsis.

Puede rechazarse sin más el concepto actual de estrella, enorme masa ígnea de diámetro gigante, situada a distancias fabulosas, que sólo ha logrado vislumbrar la moderna Astronomía. Para traducirla por este sentido debería constar claramente de algún modo en el sagrado texto.

En cambio, es obvio, en principio, mientras no se oponga nada en contra, que el sentido de la palabra *estrella* ha de entenderse al menos según las ideas corrientes del tiempo del escritor sagrado. No eran otra cosa las *estrellas* que pequeñas lucecitas, como las de la tierra, colocadas en el firmamento.

Pero de hecho hay un pasaje en el mismo Apocalipsis que nos da las proporciones de la palabra *aster*. En el Capítulo 8.º, versículos 10-11, se dice: "Cayó del cielo un aster grande encendido como una antorcha". Donde parece que consta el orden de tamaño y calidad, que la palabra *aster* tenía en la mente del hagiógrafo. El tamaño, a pesar de ser *grande*, no puede apartarse mucho del de las antorchas, lámparas o luces de la tierra. La especie o cualidad está dentro de los límites de la llama o la luz de las antorchas: ὡς λαμπράς. Luego, en otros pasajes, en que el aster ni es grande ni encendido como antorcha, su tamaño quedará dentro del orden de las llamas, lámparas o luces de la tierra.

Ahora bien, de los significados que la palabra *aster* tiene en griego, precisamente ninguno cuadra mejor en los tres primeros capítulos del Apocalipsis que el de llama, luz o fuego.

En este pasaje del Apocalipsis, *aster* sería, pues, LA DIMINUTA LLAMA DEL PABILO QUE ARDE.

* * *

Dando ahora un paso más, *supongamos* que efectivamente en los tres primeros capítulos del Apocalipsis la palabra *aster* significa en realidad pabilo encendido. ¿Qué consecuencias se siguen, si se aplica esta nueva concepción a todo el pasaje?

Ante todo se ha de examinar el contexto. En realidad, cuadra mucho mejor en él la significación de *minúscula llama viva* que la significación *estrella*. En toda la estructuración

de la gran visión inaugural y en sus aplicaciones parciales no entra nunca, ni en suposición remota, el firmamento, el Sol o la Luna o los cuerpos celestes. En cambio se ponen, y se suponen como parte esencial en toda la estructura de la gran visión, los candelabros, "que son las siete iglesias", "que pueden ser removidos" por el personaje, que goza de poder absoluto. Conforme al estilo fragmentario del hagiógrafo, no es ilógico, sino coherente, pensar en la existencia de modalidades en los candelabros, que puedan tener íntima relación con todo el discurso, aunque explícitamente no se especifiquen, cómo serían, que estuviesen encendidos, apagados o que ardiesen mal.

Esta consideración nos lleva insensiblemente a examinar más en pormenor las relaciones concretas que se consignan entre los candelabros y los asteres. Ante todo, salta manifiesto el hecho de recurrir con insistencia el paralelismo entre candelabro y aster. En el comienzo de la carta a la iglesia de Efeso. "Eso dice el que tiene cogidos en su diestra los siete asteres y camina en medio de los siete candelabros de oro" (2,1). Y antes. "Escribe... el misterio de los siete asteres que has visto sobre mi mano derecha, y los siete candelabros de oro. Los siete asteres, ángeles de las siete iglesias son, y los siete candelabros son las siete iglesias" (1,20). El raciocinio es sencillo y claro. La estrecha relación entre el aster y el candelabro no puede formularse mejor que con esta proporción: "La llama del pábilo encendido es para el candelabro en que arde, lo que el ángel de la iglesia es para la iglesia en que está". En cambio, si se coloca en sustitución el concepto *estrella*, se rompe el paralelismo, y se tiene una incongruencia de sentido: "Una estrella del firmamento es para un candelabro lo que el ángel de la iglesia es para la iglesia en que está".

Quizás la más brillante confirmación de esta interpretación sea el sentido que recibe la carta a la iglesia de Sardis (3,1s).

Ante todo, es un hecho que tienen aplicación en algunas cartas los atributos de la gran visión inaugural, reasumidos y puestos antes del respectivo mensaje. En el cuerpo del mensaje reaparece y se aplica el tema reasumido.

En la carta a Pérgamo se reasume el atributo de *la espada* (2,12s). "Así dice el que tiene la espada puntiaguda de doble filo..." Y en el mensaje sale una referencia de sangre, "el testigo que fué muerto por vosotros...", y acaba: "Arrepíentete, pues. Si no..., pelearé contigo con la espada mía..."

A la iglesia de Filadelfia se le anticipan los atributos de la *llave* y su simbolismo (3,7, 1,18). Y en seguida, en el mensaje: "Mira, he puesto ante ti una puerta abierta, que nadie puede cerrar"...

Así, pues, ¿qué aplicación podrán tener para la iglesia de

Sardis los siete asteres, reasumidos al principio, entendidos como llamas del pabilo de una lámpara? (3,1s).

“Eso dice el que tiene los siete espíritus de Dios y los siete asteres. Que tienes nombre de que vives y estás muerto.” *ὅτι ὄνομα ἔχει: ὅτι ζῆς, καὶ νεκρός εἶ.* Aplicado a la llama, cobra este sentido. “Tienes nombre de llama viva y estás extinguida”. *Ἦνουν γρηγορών*, debería, pues, traducirse en el sentido más genuino de la palabra “despabilate” (arde bien); *ἐάν σὸν μὴ γρηγορήσῃς*, “si no te despabilares...”.

Está puesta junto a asteres, en evidente paralelismo, la frase “los siete espíritus de Dios”.

Ante todo, *πνεῦμα* parece no deba entenderse aquí como “espíritu vivificante”, porque en el mensaje se subraya la responsabilidad del ángel, que no se comporta cual convendría, y el tono general es de reprensión. Parece que podría responder el ángel: “Si tú tienes la vida, ¿por qué me reprendes por la muerte?”. Parece, pues, que el sentido de vivificación, por otra parte muy real y verdadero, queda aquí en segundo plano y sobresalen la libertad y responsabilidad humana. Mucho más coherente, pues, según el sentido, sería entender el *espíritu* como *exterminador*.

Y en este punto nos encontramos de nuevo con el concepto de llama o pabilo. El espíritu exterminador de una llama o pabilo que arde es simplemente el *soplo*. ¿Podría interpretarse este pasaje: “El que tiene (con dominio absoluto) los siete soplos de Dios y las siete llamas de pabilo encendido”? El sentido parece exigirlo. El genitivo “de Dios”, aplicado a los siete espíritus, dado que es lectura genuina, ¿podría entenderse con fuerza simplemente de superlativo semítico? Los siete espíritus, aquí bien determinados en la mente del hagiógrafo, ¿han de entenderse determinados (en el sentido de soplo) respecto a los siete candelabros y a los siete asteres “de la mano derecha”, de los cuales se ha hablado profusamente antes, o se refieren a los siete espíritus “que están ante el trono de Dios”, citados al comienzo (1,4)? O si se quiere, ¿a través de estos siete soplos concretos, que al fin y al cabo no tienen más razón de ser que su simbolismo, se connotan los siete espíritus que están ante el trono “del que es y del que era y del que ha de venir”? No nos atrevemos a pronunciarlos a este respecto, pero sea cual fuere la interpretación que se deba dar, no parece excluir la inteligencia de los siete asteres, como siete diminutas llamas de lámpara encendida.

Otra pregunta natural y complementaria sugiere esta interpretación. Los asteres están en la mano del personaje (*ἐν τῇ δεξιᾷ χειρὶ, ἐπὶ τῆς δεξιᾶς μου*). ¿Cómo explicar, pues, que pueda aguantar una mano siete llamas de una vez? Quizá pueda dar alguna explicación a esta cuestión un artículo recientemente aparecido en una revista de temas bíblicos, con refe-

rencias a anteriores publicaciones³. Se presentan tipos de lámpara policandelón (y heptacandelón), que estuvieron en boga en los primeros albores del cristianismo (siglo II después de Cristo), y que suponen una anterioridad manifiesta en el estilo y en la decoración. Son modelos conforme al tipo corriente de lámpara de aceite, hecha de barro cocido, con un asa circular en un extremo y en el opuesto el agujero o los agujeros para dar paso a la mecha o pábilo que ha de encenderse. Lo peculiar de algunas es que tienen siete agujeros, para otras tantas mechas, de suerte que es muy fácil "tener cogidos en la diestra siete asteres" (2,1).

* * *

Antes de concluir, una aclaración, insinuada al comienzo. Esta interpretación afecta a los elementos plásticos externos de la gran visión, a la entidad concreta de la cosa que simboliza. No hemos querido entrar, al menos de lleno y directamente, en el terreno de la interpretación y aplicación de estos elementos en la entidad de las cosas simbolizadas y su nexa con el símbolo. Quedan, pues, en pie e intactos los grandes tesoros que nos legaron los Santos Padres y los intérpretes católicos al explicar, en sentido propio o acomodado, estas perícopas⁴.

De todo cuanto antecede puede, pues, sacarse la conclusión final. No parece que carezca de cierta probabilidad el que la palabra *aster* en los tres primeros capítulos del Apocalipsis (excepto en 2,28) signifique, no *estrella del firmamento*, sino *la diminuta llama de la mecha o pábilo que arde*.

S. BARTINA, S. J.

³ SCHAAR SCHLOESSINGER, M., *Five lamps...*: Israel Exploration Journal (1950-1951) vol. I, núm. 2, pp. 84-95, principalmente 86-92, y láminas 22, 23.

AVI-YONAH, M., *Oriental elements in palestinian art*: The Quarterly of the Department of Antiquities in Palestine, 10 (1944), principalmente p. 145-6, lámina XXIX, 11.

BLIFFE, J. H., *A tomb at el Bassa of c. A. D. 369*: QDAP, 3 (1934) p. 84.

Idem., 4 (1935) p. 177 s.

⁴ Véase la reciente obra del erudito y competente P. José Bonsinven, S. J., y todos los autores citados en la bibliografía, p. 75-76. *L'Apocalypse de Saint Jean* (1951) París. Volumen XVI de la colección *Verbum Salutis*.